



Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . Fr. 5.--
Otros países . . \$ 3.--

La ciencia divina

Exposición del Mensajero del Eterno

TENEMOS un maravilloso mensaje destinado a los seres humanos. Tenemos la posibilidad de mostrarles cómo pueden adquirir y conservar la paz en su corazón, escuchando los consejos del Señor y poniéndose en sus manos con el deseo de hacer su voluntad. Isaías ya comprendió la situación de un hijo de Dios verdadero, siendo por lo que dijo: "Tú le aseguras la paz, porque se confía en ti."

La paz es el fruto de la justicia y del amor. Estas dos virtudes, unidas a la sabiduría divina, procuran la paz. Cuando la paz divina se encuentra en un corazón como un sentimiento adquirido, nada puede alterarla.

El que posee verdaderamente la paz de Dios, siente siempre regocijo, se siente feliz; nada puede procurarle temor, causarle pena ni hacerlo sufrir, porque el poder de la paz está en él como un rasgo de carácter formado en la escuela de la gracia divina.

En el curso de nuestra educación de hijos de Dios, somos puestos a prueba en una multitud de direcciones. Esas pruebas provienen de que nuestro carácter está deformado; por consiguiente, no tenemos la costumbre de considerar las cosas a la manera divina, sino según la mentalidad diabólica en la que hemos sido educados.

El hijo de la Aurora, instituido sobre los seres humanos para guiarlos y protegerlos, fue puesto a prueba por el hecho de que ellos poseían una capacidad que él no tenía; no lo pudo soportar y es lo que le hizo caer, aunque en otro dominio fuese superior en naturaleza y en poder. Debía regocijarse de ese don que los seres humanos habían recibido, en vez de tenerles celos.

El sentimiento de los celos puede igualmente alcanzarnos en presencia de ciertas pruebas, cuando no velamos y que nos olvidamos de repasar en nuestro corazón las innumerables benevolencias de que somos objeto de parte del Señor.

Por ejemplo, si vemos a hermanos y hermanas mucho más capaces que nosotros, poseyendo tal vez una salud mucho mejor que la nuestra, y toda clase de facilidades que no tenemos nosotros mismos, el adversario puede entonces amañarnos de lo lindo para provocar en nosotros despecho. Es entonces cuando se trata de acordarnos de los principios divinos, de velar sobre nuestro corazón, y rechazar las malas insinuaciones del adversario.

En efecto, hemos recibido gracias sobre gracias de parte del Eterno, y si algunos amigos son más privilegiados en ciertos aspectos, debemos regocijarnos de todo corazón. Cada uno recibe siempre según sus posibilidades y

según su fe. Todo lo que el Señor nos da es siempre el máximo de lo que, en el momento mismo, podemos soportar como benevolencias y como beneficios.

El está deseoso de darnos en abundancia en todos los sentidos y en todas las direcciones; pero quiere que esto nos sea favorable. Y claro está, para que verdaderamente nos beneficie, es preciso que estemos en estado de realizar la equivalencia de los beneficios recibidos.

Esto implica el desarrollo del sentimiento de la gratitud. Cuando es adquirido este punto esencial, venimos a ser capaces de recibir aún más, porque tenemos el poder de equilibrar en nosotros las liberalidades divinas.

Recibimos una educación admirable, que debe producir en nosotros frutos de bendición, visibles y palpables. Los frutos del espíritu son la paz, el contentamiento del corazón, la plena y entera confianza en los caminos divinos. Si hemos adquirido esos preciosos frutos, permaneceremos en la calma y en la paz a pesar de las más grandes dificultades. Aunque todo tiemble alrededor de nosotros, la paz no nos dejará a pesar de todo.

Para esto, es preciso que nos dejemos guiar completamente por el Señor, que pongamos nuestra suerte en sus manos, y que procuremos hacer su voluntad. El puede entonces conducirnos de una manera maravillosa, y beneficiarnos con el poder de su espíritu.

En el seno de la cristiandad celebran la conmemoración del Pentecostés como una fiesta muy grande. En esa ocasión nos regocijamos también, recordando la venida del espíritu de Dios sobre los discípulos de una manera visible. Pero, en resumidas cuentas, sabemos que fue solamente el símbolo de lo que un día se manifestaría en toda la tierra.

Estamos también conscientes de que los discípulos, en el día de Pentecostés, recibieron el espíritu santo no como un fruto, sino como un don; no era un poder que les era dado como algo adquirido. En efecto, más adelante necesitaron todo el ejercicio de la disciplina de la escuela de Cristo, para que pudiesen conservar este don y transformarlo en un fruto con la práctica de los caminos divinos.

En suma, la venida del espíritu santo en forma de lenguas de fuego sobre los discípulos, fue sobre todo una demostración visible de la benevolencia infinita del Señor, con el fin de darles una prueba de su fidelidad en mantener su promesa hacia ellos. En realidad, no hace falta que la manifestación sea visible para recibir el espíritu santo.

En efecto, el apóstol Pablo no estaba presente cuando el Pentecostés, puesto que, en

ese momento, era todavía Saulo de Tarso. Sin embargo, más tarde el apóstol Pablo adelantó a todos los demás discípulos, puesto que fue él quien tuvo el cargo de todas las iglesias. Eso prueba bien que Pablo poseía el espíritu de Dios, no solamente como un don, sino como un fruto, aunque no lo hubiera recibido de una manera visible para los ojos.

También en nosotros el espíritu de Dios debe manifestarse como un fruto. El Señor, en primer lugar, nos lo concede como un don, pero podemos perderlo tan pronto como hacemos algo que contrista al espíritu de Dios. Es menester, pues, que hagamos lo necesario para que el don se transforme en un fruto, es decir, en un poder adquirido que nos pertenezca en propiedad.

El espíritu de Dios viene a nosotros tan pronto como manifestamos sentimientos en armonía con los caminos divinos. Si nos esforzamos en no cultivar más que sentimientos del Reino de Dios, el espíritu, del Señor podrá obrar en nosotros con maravillosa intensidad y echar cimientos sólidos en nuestro corazón.

Es sólo con el proceso de la santificación que el espíritu de Dios puede convertirse en un fruto. El espíritu de Dios nos es concedido como un don hasta que nuestro carácter esté completamente formado en la mentalidad divina; si lo dejamos obrar en nuestro corazón, se manifestará finalmente como un fruto, demostrando las diferentes virtudes que entonces podemos desarrollar.

Yo con frecuencia he pedido al Señor que me ayude con su espíritu, y siempre lo ha hecho. A menudo me he quedado atónito de lo que he realizado así. Habiendo contado con el Señor con todo mi corazón, me ha dado más de todo cuanto había esperado. Cuando dicté El Mensaje a la Humanidad, me puse como un niño delante del Eterno, implorando su bendición, y me la dio de una manera grandiosa.

Entonces el espíritu de Dios me concedió escribir el maravilloso Libro de Memoria. Pero era sólo un don, por no haber vivido aún yo mismo las enseñanzas de ese libro, y había de vivirlas. Es lo que el apóstol Pablo comprendió muy bien cuando dijo: "No sea que, habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado." 1 Cor. 9: 27.

En efecto, es necesario ser completamente honrados y sinceros con el programa divino. Es preciso que formemos en nosotros un nuevo carácter. Es así como adquiriremos una paz que nadie podrá alterar, y que nos permitirá permanecer calmosos y confiados en todas las circunstancias. Me ha costado muchos esfuer-

zos conseguir la paz; por eso, puedo hablar de ella con conocimiento de causa, y también dé lo que la produce.

Cuando poseemos la paz, podemos propagarla y ser un maravilloso confortamiento en nuestro entorno. Podemos ser para los seres humanos angustiados una isla de paz, en la cual sienten consuelo, confortamiento y descanso para su pobre corazón trabajado y angustiado. Ahora tenemos magníficas ocasiones de llevar el mensaje. Pues los oídos que hasta ahora estaban cerrados, empiezan a abrirse, porque las cosas van muy mal.

Babilonia tiembla sobre sus cimientos, y se nota que va a derrumbarse. Por eso, a sus moradores les invade el terror; sienten temor porque la protección que tienen no es suficiente y no puede guardarlos con seguridad. Sólo la protección divina es verdaderamente eficaz, y hasta ahora la han desechado.

Hoy es el horno ardiendo que se manifiesta por todas partes, y enternecerá a los corazones más endurecidos. Los seres humanos van a venir en gran número para hacerse consolar en Jerusalén. Es preciso, pues, que el pequeño rebaño forme verdaderamente Jerusalén, y que esté en condiciones de llevar la esperanza y la paz a las almas atormentadas.

Ahora debemos apresurar el Día de Dios con la santidad de la conducta y la piedad, y traer a lós seres humanos un aceite de gozo en vez de un vestido de luto y de tristeza. Debemos vivir el programa divino íntegramente, para que podamos hablar con entusiasmo y seguridad de lo que han visto nuestros ojos, oído nuestros oídos, y palpado nuestras manos acerca de la palabra de vida eterna.

Para llevar a feliz término la actividad que el Señor nos confía, debemos guardar cuidadosamente nuestro corazón, y esforzarnos en tener una línea de conducta irreprochable, para que la gracia divina pueda manifestarse con poder en nuestro testimonio. Ejercitémonos en practicar el bien, siempre el bien, y nada más que el bien. Así podremos beneficiarnos de la unción del espíritu de Dios, que nos capacitará para cosas grandiosas.

El espíritu de Dios es invencible y nada puede resistirle. Como lo he mostrado a menudo en estos últimos tiempos, nuestro querido Salvador hubiera sido capaz de vencer todas las potencias adversas ligadas contra él. Con una sola palabra, un solo gesto habría podido reducir al silencio y a la impotencia a todo lo que se levantaba contra él.

Jesús se había librado de todas las emboscadas hasta el momento en que se entregó voluntariamente en manos de sus verdugos como Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Entonces pudieron poner la mano sobre él, porque dejó obrar el poder demoníaco sin ofrecerle ninguna resistencia.

Hasta ese momento no habían podido atentar contra su vida. Incluso, unos cuantos días antes, había entrado en Jerusalén como un rey, y todos le aclamaron. La multitud se apretujaba en rededor suyo gritando: "¡Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor!"

Nadie tuvo el poder de impedir esa manifestación, que tanto escandalizó a los conductores judíos y para su inmenso despecho. Ellos deseaban que los romanos se interpusieran, y arrestasen a nuestro querido Salvador. Pero los romanos le dejaron hacer, y el Señor dijo a los judíos hablando de la multitud: "Si éstos callaran, las piedras clamarían."

Ese testimonio tenía que ser dado, y se dio contra viento y marea. El profeta lo había visto de antemano, que dijo: "He aquí, tu Rey viene a ti, lleno de gracia y de humildad, montado sobre un pollino de asna." Y todo se realizó exactamente según la profecía.

Igualmente, la introducción del Reino de la Justicia se manifestará como fue predicha. Pero establecer el Reino entraña también deberes. Una parte de ellos nos corresponden, y no queremos dejar de cumplirlos. No pensemos que si no hacemos lo necesario el Reino no vendrá; pues se manifestará con poder y gloria, con nosotros o sin nosotros. Pero el Señor nos ama porque se ha ocupado mucho de nosotros, y dio su vida por nosotros.

Hemos escuchado su voz, y hemos entrado en su escuela, en la cual nos ha manifestado su amor y su ternura. El Señor está pues fuertemente apegado a nosotros, y le agradaría mucho que seamos también sus colaboradores para esta fiesta grandiosa, inefable y maravillosa de la que el profeta Isaías habló en estos términos: "El Eterno prepara en este monte a todos los pueblos convite de manjares succulentos, llenos de tuétanos, y de vinos añejos clarificados."

Si queremos ser dignos de participar en su obra de bendición, es preciso que hagamos lo necesario; sobre todo que apreciemos el sacrificio de nuestro querido Salvador sobre todas las cosas, y que seamos fieles al ministerio que nos ha confiado. El Señor podrá entonces emplearnos útilmente para instaurar su Reino.

Ahora ha llegado el tiempo de la siega. El momento del juicio ha sonado, es la caída estrepitosa de todas las instituciones actuales, basadas en el egoísmo y la maldad. Babilonia se destruye a sí misma.

Tenemos, pues, un trabajo de reconstrucción a realizar en medio de los escombros y de la catástrofe que alcanzará a todas las clases de la sociedad humana. No cabe duda de que este trabajo costará la vida a los consagrados, que son "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios para que anuncie las virtudes de Aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable."

Es menester, pues, que adquiramos ahora la mentalidad de la nueva Jerusalén, que desciende del cielo transparente como el cristal. Eso requiere que cumplamos fielmente nuestro sacrificio. Entonces podremos funcionar como tabernáculo de Dios entre los hombres.

Estaremos cubiertos por la gracia divina y podremos hacer beneficiar de esta cobertura al Ejército del Eterno; éste cuenta con nosotros y con la protección que le damos de parte del Señor con el don de nosotros mismos.

Es preciso que los miembros del Ejército del Eterno puedan sentirse entusiasmados de lo que ven vivir al pequeño rebaño; tienen que sentirse profundamente conmovidos en su corazón, por cuanto el real sacerdocio cumple honradamente con su ministerio. La línea de conducta de los miembros del cuerpo de Cristo debe ser tal que traiga un poder vivificante que galvanice a la santa Milicia.

Hasta ahora, casi no ha sido el caso; es por lo que es urgente que nos recobremos, y que lleguemos a ser verdaderos consagrados del Señor. No temamos los peligros que nos acechan, no puede sucedernos nada malo, puesto que hemos puesto nuestra suerte en las manos del Eterno.

Isaías dijo al pueblo de Dios: "Destierra la inquietud, porque no tienes nada que temer." Tampoco tenemos que temer la muerte, puesto

que hemos estado de acuerdo en ser un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios.

Hemos tomado la copa, nos hemos hecho bautizar. Ahora se trata de beber la copa literal y de realizar nuestro bautismo prácticamente, viviendo día tras día nuestro voto de sacrificio. Seamos fieles hasta la muerte, a fin de que podamos heredar la corona de la vida, afirmando nuestra vocación y nuestra elección. Para lo cual es menester ejercitarnos en mantenernos siempre con este pensamiento: "Vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, tu ley está en lo íntimo de mi corazón."

Viene el momento en que el Eterno va a derramar su espíritu sobre toda carne, en que El se hará conocer de aquellos que no le conocen todavía, y cambiará su corazón de piedra en un corazón de carne. Es un inmenso honor poder participar en la introducción de este glorioso día. Pongamos todo nuestro corazón en esta obra.

No nos engañemos más con falsos razonamientos, haciéndonos llamar miembros del pequeño rebaño, a pesar de no hacer lo necesario. Por tanto, cojamos en manos las armas de Dios y vivamos nuestro sacrificio íntegramente; así el nombre de consagrado será una realidad, por el hecho de que cumpliremos verdaderamente con nuestro ministerio.

Entonces seremos una maravillosa ayuda para los miembros de la santa Milicia del Eterno. Estos podrán esperar y apoyarse también en nosotros; sentirán de nuestra parte entrañas maternales. Es preciso que se sientan llevados en brazos y acariciados en las rodillas por la nueva Jerusalén.

Por tanto, queremos orar con todo nuestro corazón: "Venga tu Reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra". Queremos igualmente conducirnos de manera que podamos realizar el contacto de la gracia divina, para que nuestra oración no sea hueca y vacía, sino que tenga el poder de penetrar hasta en los santuarios del Eterno, al ser sostenida por el espíritu de Dios.

Combatamos ahora con todo nuestro corazón, para que se establezca el Reino de Dios lo más pronto posible. Para esto, es preciso que estemos firmemente decididos en apartar a un lado nuestro viejo hombre, hacerlo morir, dejándonos dirigir por el poder del espíritu de Dios, que nos dará el discernimiento necesario para obrar en todo según su santa y buena voluntad.

He aquí lo que queremos esforzarnos en realizar, para ser portadores de paz y de bendición, embajadores fieles del Reino de Dios en el seno de la humanidad doliente y moribunda.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos renunciado con gozo, tendido siempre el puente de la amistad?
2. ¿Hemos reaccionado a la manera divina, progresado en la sinceridad y el amor?
3. ¿Hemos logrado nuestras lecciones de fe y de humildad vigilado nuestros reflejos, sólo emitido una buena influencia?
4. ¿Qué progresos hemos hecho en la gratitud, el celo, la confianza, la modestia, y contra el orgullo, la desconfianza, el temor?
5. ¿Hemos sido una ayuda para el prójimo, una oasis de paz y atraído al espíritu de Dios?
6. ¿Hemos podido estimular, y han sido nuestros esfuerzos llenos de alegría?